

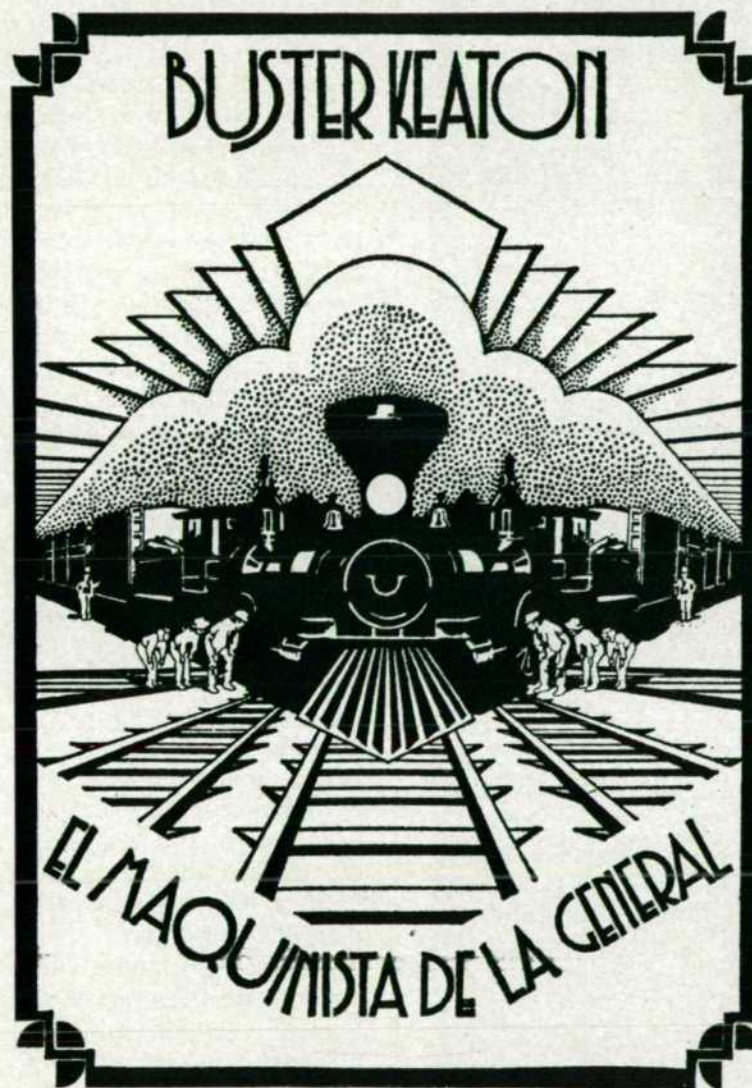
EL MAQUINISTA DE LA GENERAL EXISTIÓ REALMENTE

EL ferrocarril jugó una baza muy importante en Estados Unidos, durante el siglo XIX. El tendido de «los caminos de hierro» desde el Este al Oeste, constituyó un suceso histórico y fue, asimismo, fuente de aventuras y de proezas.

No había de tardar el cine, nacido en las vísperas del 1900, en percibir su encanto. En especial, para las producciones cómicas se convirtió en un estuche de maravillas y, concretamente, Buster Keaton supo sacar provecho de sus incalculables recursos hilarantes.

HUMOR SOBRE BIELAS

El cambio de agujas —que le permitía huir de urgencia ante el pasmo de sus perseguidores o desviaba a éstos hacia una vía muerta en el momento de peligro cumbre—, el giro en una curva montañosa —circunstancia utilizada para escamotear un vagón o adelantar a un tren escapado, rodando ladera abajo—, el empleo de una manga de agua para la máquina —dejándola abierta de modo que cayese como ducha indeseable sobre el enemigo—, el vaivén de las bielas —sentado sobre las cuales, ajeno a su des-



La película se basa
en un suceso de la guerra
americana de Secesión.

Buster Keaton triunfó en 1927
con este humor
que parece de hoy mismo.

censo y ascenso, cruzaría caricias con su amada—, o la común operación de echar leña a la caldera —que le mantendría absorbido como para ignorar el paso de su campo al contrario—, le suministraban elementos preciosos con que montar una obra divertida y amena hasta la carcajada.

El director-guionista-actor pudo ofrecer, merced al invento de Stephenson, una cinta de las más logradas de su larga carrera y compartir con el tren el principal papel de aquélla.

UNA REVISIÓN AFORTUNADA

Tenemos la fortuna de que se haya hecho esta temporada la programación de una serie retrospectiva de este autor. Después de haberse proyectado «Siete oportunidades» («Seven Chances») y «El navegante» («The Navigator»), ha aparecido «El maquinista de la General». En esta película, de largometraje y de la época muda, se disfruta de toda la animación y sorpresa que una mente ingeniosa podía extraer de las máquinas de vapor empleadas en transporte terrestre. «Gags» puramente cinematográficos, de calidad visual, jugosos, frescos, como recién inventados, con los que aún hoy se puede reír gozosamente, están tan incorporados a la narración, tan hechos carne con ella que, eliminándolos, el espectáculo perdería su mayor atractivo.

EL MAQUINISTA HISTORICO

El hecho, base del guión, ocurrió en la realidad y solamente veinticuatro años antes de su propio nacimiento. En plena actividad la guerra de Secesión de Estados Unidos, un destacamento del Norte penetró atrevidamente en el territorio defendido por el general R. E. Lee. Con uniformes de soldados confederados, llegaron a Atlanta, se apoderaron de un tren, mientras los viajeros desayunaban, y lo encaminaron hacia sus posiciones. Planeaban reunirse en Chattanooga con tropas de la Unión, luego de haber quemado puentes y cortado comunicaciones en su retirada. A corta distancia de su destino, desdichadamente, les alcanzó la locomotora en que les iban persiguiendo los funcionarios del tren robado. Tuvieron que abandonar la presa, fueron detenidos y varios de ellos ajusticiados. La épica hazaña quedó recogida, para la posteridad, en el libro «The Great Locomotive Chase» («La caza a la gran locomotora»), de William Pittenger, uno de los participantes en la audaz empresa.

El aspecto pintoresco de la insólita persecución no escapó a la perspicacia de Keaton, quien se decidió a adaptar la aventura para la pantalla. Únicamente tuvo el cuidado de introducir una variante fundamental: la de adoptar el punto de vista sudista. «Se puede hacer, declaró, villanos de los nordistas, pero no de los hombres del Sur». Los críticos le han aplaudido la decisión porque ello le

FICHA DE BUSTER KEATON



Joseph Francis Keaton
Nació en 1895.

Familia: Artistas de variedades.

Actuó en escenarios desde los cuatro años hasta los veinte.

Probó el cine a los veintiuno.

Su primera película: «The Butcher boy».

A los treinta y tres años estaba prácticamente acabado como actor.

Durante veinticinco años vivió enfermo y sufriendo calamidades y fracasos.

Entre los años 50 y 60 vuelve a intervenir en cortos papeles; por ejemplo: «Candilejas», de Chaplin (1952); «La vuelta al mundo en ochenta días», de Michael Anderson (1956).

Su última actuación fue en «Golfus de Roma», de Richard Lester, rodada en España (1966).

En 1966 murió víctima de cáncer.

La edad de oro de su trabajo de actor cinematográfico se sitúa entre 1924 y 1929. De esta época son sus títulos más logrados, como «Siete oportunidades», «El héroe del río», «El cameraman», «El maquinista de "La General"», etcétera.

Su comicidad arrancaba del contraste impresionante de su gesto impávido y la superación de incontables obstáculos. Era muy cuidadoso de los efectos divertidos de sus películas y procuraba renovarlos de una a otra.

Los que le conocieron dicen de él que fue un individuo tímido y extraordinariamente modesto.

permitía al héroe quedar vencedor al final; detalle sumamente importante en una comedia.

PERSECUCION REVERSIBLE

Es así como se construyó la película que comentamos.

Johnnie Gray, maquinista de locomotora de la Western and Atlantic Flyer, no tenía más que dos amores en su vida: su máquina y su prometida, Annabelle Lee. En la primera llevaba colgado el retrato de la segunda y, en casa de ésta, guardaba la foto de su tren. Un día, estando en compañía de la joven, llegó el rumor de un ataque a Fuerte Sumter. Todos los hombres corrieron a alistarse para sostenerlo. Johnnie, el primero. Pero en la caja de reclutamiento juzgaron que era más necesario en su puesto de ferroviario que en el frente y no le admitieron. Annabelle, ignorante de este extremo, creyó que era cobarde y rompió sus relaciones con él. No le volvería a hablar hasta verle vestido de militar.

Melancólico como nunca, Johnnie Gray sigue trabajando. En un combate el padre de Annabelle cae herido y ella toma el tren de Johnnie, sin que él se entere, para ir a curarle. En la estación de Big Santhy, Johnnie se apea un momento, circunstancia que aprovecha un comando nordista para hacerse con el tren y huir, llevándose a la chica secuestrada.

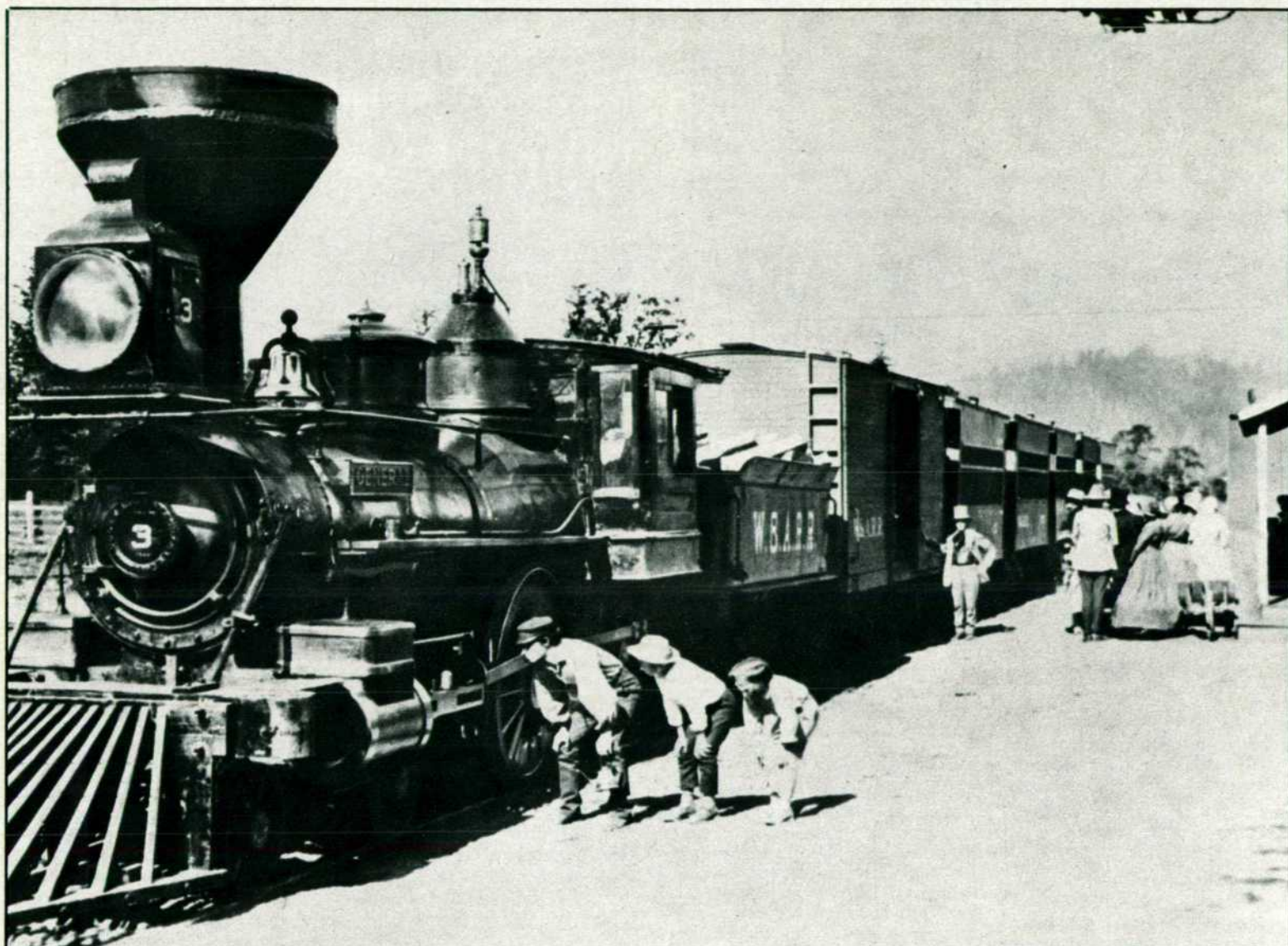
Veloz como un rayo, Johnnie echa a correr tras la máquina en movimiento. Avanza y avanza, el

hombre pequeño, en carrera frenética e imposible hacia un punto que disminuye rápidamente en la lejanía. Es un empeño loco.

Por sus solos medios no alcanzaría nunca lo que se propone. Pero encuentra una vagoneta de tracción a brazo y monta en ella. Los perseguidos le obstaculizan el paso, sin embargo nada le arredra. Un tren parado le servirá definitivamente para alcanzar su objetivo. Lo pone en funcionamiento y mientras se ocupa del combustible para avivar la marcha, entra en zona enemiga, sin advertirlo. La suerte le conduce directamente, luego, al edificio donde el alto mando proyecta una invasión del Sur y donde la señorita Lee está cautiva. Con la preciada posesión de los secretos del Estado Mayor escuchados y su novia rescatada, Johnnie consigue subir a su locomotora. La rapidez con que actúa desconcierta a los vigilantes y le vale para dirigir la máquina a su lugar original. No sin escolta que rueda a sus espaldas, animada de deseos de venganza.

Regresa a Atlanta a tiempo para alertar al ejército sudista, volar un puente y presentar batalla. Aún viste como civil, sin embargo, ha encontrado un sable. El arma es un tanto defectuosa; la hoja se desprende de la empuñadura cuando menos se espera. A eso deberá Johnnie el salvar la vida, pues el acero saltará de repente, atravesando a un tirador emboscado a punto de disparar sobre el joven.

En esta lucha, Johnnie acierta más por sus erro-



res que por su tino. El cañón que tiene que cargar, al caer todos los hombres que lo servían, dirigirá su bala, no contra las filas de la orilla de enfrente, sino contra una presa que se desbordará, ahogando a las huestes unionistas.

Vuelve a la ciudad al paso del ejército vencedor. Y aún le falta encontrar a un general enemigo, que había quedado desvanecido en su locomotora, y entregarlo a las autoridades como prisionero. Ya es suyo el uniforme y con él, galones,

por méritos en campaña.

Puede presentarse ante Annabelle, que le saluda inundada de alegría.

Sentados al pie de su máquina, los novios van a abrazarse tiernamente, pero la gloria tiene un precio: los soldados que pasan junto a ellos obligan al héroe a devolverles el saludo militar. Hasta que, cansado de esperar el beso de su novia, Johnnie discurre una estratagema y resuelve el problema.

Al final, la cámara es testigo de la felicidad del

hombre que ha recuperado sus dos amores con el sudor de su frente.

SIN JUBILACION

Keaton compuso, con la mejor técnica de su tiempo —1927— este film. No para tratar de la guerra civil del país, como pudiera pensarse por el tema, sino para insistir en el mensaje de la mayor parte de su obra: la intrepidez, el valor que el hombre necesita para vencer dificultades y obtener el amor. El marco marcial no pasa a primer

término; se mantiene en accidente que impulsa al tímido protagonista a querer alistarse para conservar la estimación de su novia; a correr riesgos en los que ni piensa, por la posesión de su tren perdido. En conjunto, su combatividad se debe a motivos de humanidad sencilla, válidos y permanentes. Motivos que, como este maquinista que él representó hace más de cuarenta y cinco años, no están para jubilarse. ■ MARY G. SANTA EULALIA